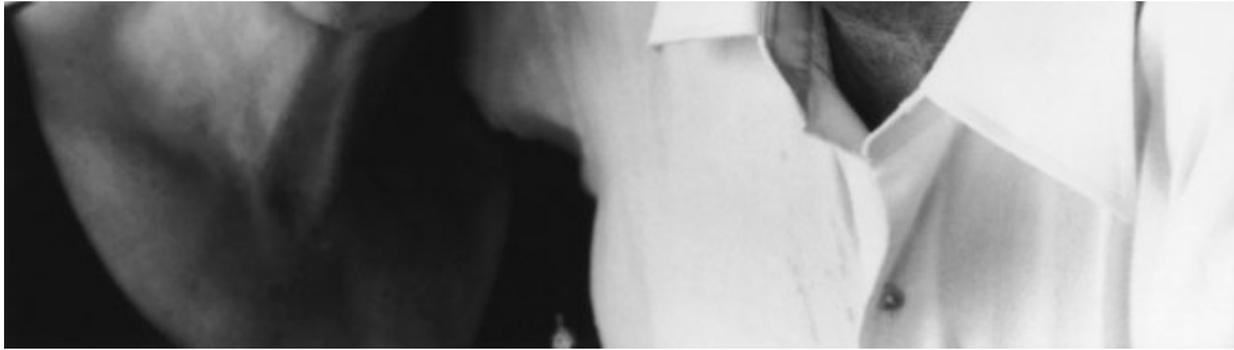


LITERATURA Publicación

'Tú has sido, eres y serás mi único amor'

- "Sin Vera, 'Lolita' no hubiera sobrevivido al fuego. Vera Slonim muy pronto se dio cuenta de que Vladimir Sirin era un genio, que tocó a menudo la felicidad gracias a ella"





El escritor Vladimir Nabokov con su esposa Vera. PHILIPPE HALSMAN

JUAN BONILLA

Actualizado:19/08/2015 **09:24 horas**

2847

284

Se conocen en Berlín, en una fiesta benéfica aunque ella ya lo conoce a él y quizá no quiere que él aún la conozca porque se coloca una máscara para acercarse a él. Cuando los presentan, ella le recita de memoria un poema. Persigue los poemas que Vladimir Sirin publica en las revistas de exiliados. Los recorta y los guarda. **Son románticos, encendidos, poemas de amor a una muchacha**, Svetlana, con la que Vladimir se ha comprometido. El poeta, naturalmente, está encantado de tener una admiradora como la que acaban de presentarse, máxime después de lo que le ha pasado: han asesinado a su padre y se ha cancelado su boda con Svetlana porque la familia de ésta no le ve ningún futuro y considera que la muchacha es muy joven -17 años- para bodas. Vladimir entonces le manda un mensaje a Vera: un mensaje público. Un poema titulado *El encuentro* y publicado en la revista Rul. "¿Y si tú fueras el destino?", pregunta.

Se tiene que ir de Berlín a buscarse la vida como bracero en una explotación agraria. Y por el momento le gusta hacerse el duro: **deja que ella le escriba la cuarta o la quinta carta antes de responder**. La pauta variará pronto, hasta el punto de que poco después él le dice a ella: "Si recopiláramos nuestras cartas en un tomito ya alcanzaría las sesenta páginas, y tres cuartas partes de ese tomito lo habría escrito yo porque sólo me respondes a una de cada cuatro cartas».

Se diría que Vera Nabokov supo desde la primera hora que las cartas que recibiera de quien poco después se convertiría en su marido, estaban llamadas a recopilarse en un tomo. Cuando ya no le quedaban dudas de que eso iba a ser así, -su marido era conocido en el mundo entero, era un escándalo que no le diesen el Nobel, sus novelas no sólo se leían y traducían sino que influían en distintas generaciones de autores de distintos continentes y lenguas- **decidió sacar de la carpeta donde guardaban su correspondencia las cartas que ella había escrito y las**

destruyó: ella no era nadie para que el futuro husmease en sus cuartillas, o por decirlo con más rigor: el futuro no era nadie para que ella le dejase husmear en lo que había escrito. Ella no importaba.



Vladimir Nabokov y su esposa. | CARL MYDANS

Pero sí que importaba: si importar significa "traer de fuera lo que no se puede generar dentro", vaya si importaba. Es tontería ponerse a discutir si sin Vera Nabokov hubiera sido del todo imposible el milagro Nabokov, o como dice la contracubierta del libro **"Sin Vera, Vladimir no hubiera llegado a ser lo que fue"**. ¿Quién sabe y además qué más da? Lo que sabemos ciertamente es que sin Vera, Lolita no hubiera sobrevivido al fuego. Lo que sabemos es que Vera Slonim fue una de las primeras personas que se dio cuenta de que Vladimir Sirin era un genio. Lo que sabemos es que Vladimir tocó a menudo la felicidad gracias a Vera.

Cartas a Vera (editado por RBA), **el volumen que recopila las cartas de Vladimir Nabokov a su esposa** es un monumento a una institución en franca decadencia: el matrimonio. Como se sabe, de los matrimonios de los grandes de la literatura del siglo XX ninguno duró tanto como el que unió a Vera y Vladimir. Dice el encargado de la introducción, el biógrafo Brian Boyd, autor de una monumental biografía en dos tomos del autor de Lolita, que en ningún sitio se observa mejor lo que unía a Vera y a Vladimir que en un famoso retrato de Philippe Halsman en el que Vera

se acurruca bajo el brazo de su marido y lo mira con expresión de incansable lealtad. Bueno, puede que sí. El retrato no tendría la fuerza que tiene si no supiésemos de la pareja lo que sabemos: si no se sabe nada, puede pasar por el fotograma de una película de los 60.

Nabokov escribió el primer poema dedicado a Vera Slonim en 1923, y 53 años después le dedicó su última novela, como había hecho con todas las posteriores desde 1951, cuando le dedica *Habla, memoria*, donde **"Pasan los años, amor, y con el tiempo nadie sabrá lo que tú y yo sabemos"**. Emociona pensar que esa frase que aparece en un libro de 1951 ya estaba en los primeros peldaños de la correspondencia amorosa: "Tú y yo somos dos seres especiales, existen maravillas que sólo tú y yo conocemos, y no hay nadie que ame a otro del modo en que nosotros nos amamos".

Claro que los enamorados siempre exageran, es lo suyo, el amor es siempre una exageración, y exactamente eso mismo que Vladimir el joven le escribe a la joven Vera se lo puede escribir, en cualquier parte del mundo, en cualquier lengua, un enamorado a otro. Los enamorados necesitan compararse con los demás, está en su naturaleza, es la necesidad de alzarse contra la grisura sin la cual no deslumbrarían como lo

hacen, no serían unos iluminados. Lo raro es que esa iluminación dure tantos y tantos años y se mantenga con tanta fuerza. Lo milagroso no es la intensidad -las sacudidas del deseo, **las ganas de estar con el otro**, de compartirlo todo, de atesorar secretos, de crear un léxico familiar- sino la duración.

Las circunstancias también eran extraordinarias en el caso de Vera Slonim y Vladimir Nabokov. **La revolución rusa los había dejado sin patria**. Nabokov, como se sabe, era rico de cuna. La suya fue una infancia diseñada por la felicidad. Y lo alucinante en su caso es que salir de ese reino encantado a la fuerza -y con un crimen de por medio: su padre murió asesinado- y verse obligado a peregrinar para ganarse la vida, a pernoctar en pensiones anecdóticas o hacer colas para obtener un sello inevitable, no sólo no consiguió amargarle sino que afiló su capacidad insospechada para ser feliz y considerar el mundo **"un pequeño cachorro que está deseando que salgas a jugar con él"**, y para, como si eso no fuese suficiente, poner todo su talento en la tarea de cantar el mundo a través de sus milagrosos detalles.

No hay otro prosista que haya cantado el mundo, el milagro del mundo, con la exaltación de Nabokov. Hay en su prosa esa particular mezcla de lirismo e ironía que no se permite en ningún renglón descender a lo cursi. Es verdad que sus novelas están pobladas de monstruos, de maldades, de personajes siniestros, **pero en todas partes hay sitio para la ternura y la delicia**.

Supongo que se escribe como se es, y el Nabokov de veintipocos que empieza a conquistar el corazón de la muchacha es el mismo que el que trata de escribir una obra teatral para ganar algo de dinero o compone las rampas de la que con el tiempo será su primera, hermosa novela, **Mashenka**. Eso significa que a través de las cartas a Vera podemos seguir el rastro de la evolución del estilo de Nabokov hasta que a finales de los años 20 y en la década de los 30, éste ha sido ya perfectamente definido y no tiene fisuras y es, de hecho, quizá el estilo más reconocible y plástico y corpóreo de toda la literatura del siglo XX.

Si en sus novelas y relatos era un incansable buscador de detalles -a veces cómicos, a veces de una plasticidad emocionante- también en las cartas a Vera encontraremos a ese empedernido cazador. Le cuenta a Vera que esa tarde ha ido a tomar un café con otro escritor, de repente llueve, salen de la cafetería, el otro escritor no lleva paraguas, Vladimir ofrece resguardarlo pero el otro escritor dice que no importa, y entonces Vladimir aprovecha para observar cómo el agua de la lluvia va quedándosele en el ala del sombrero y luego va goteando sobre su cara tensa.

El tomo de *Cartas a Vera* está lleno de detalles así. "En la peluquería, sobre el taburete más alto, envuelta en una sábada que casi llegaba al suelo, había una chica diminuta, con la cabeza inclinada y la carita arrugada en una mueca, los ojos cerrados por el pavor, mientras el peluquero le igualaba el flequillo y la rociaba con un pulverizador enorme. Luego me fui al tenis".

Naturalmente **la mayor parte de las cartas están fechadas en los primeros años de relación**. Las difíciles circunstancias por las que pasó el matrimonio -con constantes cambios de residencia, viviendo difícilmente en ciudades como Praga, Berlín o París y constantes cambios de oficio, dar clases de francés, de inglés, de tenis- ayudaron a que tuvieran que estar separados por algunos largos periodos de tiempo, lo que facilitaba

la necesidad de la escritura. Después de que Nabokov dejara Europa para irse a los Estados Unidos, la necesidad de escribirse cartas fue menos acuciante: estaban juntos casi todo el tiempo. **Una buena parte de la correspondencia puede seguirse casi como si fuera el diario de Nabokov:** claro que un diario escrito para otra persona, por muy uña y carne que fueran. Quiero decir que está lleno de hechos cotidianos - fui a comer a lo de S., tomé el té con los X.- pero, de repente, a mediados de los 30, con una Alemania nazi que los Nabokov deploran y de la que huyen, buscando sitio en París, o en la Costa Azul, o donde sea, a Vera le llegan unos "malditos rumores".

Dicen en la comunidad rusa -que alzó a Nabokov a gran escritor de la diáspora, la voz que salvaba una generación en famosa apreciación de Nina Berberova- que Nabokov anda con una actriz muy guapa. La pareja vive separada porque Vera tiene que ocuparse de los suyos y no logra permisos para salir. No los consigue o no hace nada por conseguirlos. **Las cartas de Nabokov se llenan de amargura,** de acuciantes peticiones, de amenazas de volverse loco. Y eso que el infiel es él. Dice que no entiende lo que pasa, que no sabe porqué Vera tarda tanto en contestar sus cartas.

Y en ese punto de la correspondencia sí que **echamos en falta las cartas que Vera no quiso que leyésemos.** Al parecer su tono es frío como si algo se hubiese roto. Nabokov logra poner punto final a los malditos rumores poniendo fin a su relación con la actriz Irina Guadanini. Consigue volver a reunirse con Vera y su hijo Dmitri. Desde entonces, cuando "el tema" salga a colación, Nabokov no dejará de repetir una y otra vez que «tú has sido, eres y serás mi único amor». Según narra la escena Bryan Boyd en su biografía de Nabokov, **Irina trató de seguir a Vladimir una vez que éste ya se había reunido con su mujer,** de hecho lo desafió en una escena de playa: ante el mar, Vladimir, Vera y Dmitri ven llegar a una mujer que se tiende cerca de ellos. Es Irina. Vera se levanta y coge al niño y le dice a su marido: estamos arriba, decide pronto. Minutos después, Irina, desde la playa, puede ver en el balcón de los Nabokov los tres bañadores tendidos al sol, secándose.

Cartas a Vera es puro Nabokov. Nabokov no dejaba en la percha, al sentarse a escribirle a su mujer, ni su estilo, ni su humor, ni su radiante optimismo, ni sus ganas de celebrar el mundo, ni su capacidad para alcanzar destellos de entusiasmada poesía arrancados de la vida cotidiana, de una farola, de la copa de un árbol, del reloj de una estación de tren. Las cartas están también llenas de acertijos que Nabokov inventaba para entretener a Vera. Como se dice en la última línea de Lolita, se ve en los mejores momentos de esta correspondencia que Vladimir pensaba en bisontes y en ángeles, en sonetos proféticos, en el secreto de los pigmentos perdurables y en el refugio del arte, esa única inmortalidad que ya comparten Vladimir y Vera, Vera y Vladimir.

Por fortuna, Nabokov no se acaba nunca.

© 2015 Unidad Editorial Información General S.L.U.